

Miguel Ángel Rupérez Escribano, Fernando Vela Cossío

## *Silence in La Vereda: The Last Bastion of Guadalajara Province's "Black Architecture"*

*Espesura de silencio en La Vereda: El último bastión de la "arquitectura negra de Guadalajara"*

*A espessura do silêncio em La Vereda: O último bastião da "arquitetura negra de Guadalajara"*

**Keywords** | Palabras clave | **Palavras chave**

Traditional building, Cultural landscape, Ethnographic heritage, Vernacular building, Typological patterns

Construcción tradicional, Paisaje cultural, Patrimonio etnográfico, Construcción popular, Invariantes tipológicas

Construção tradicional, Paisagem cultural, Património etnográfico, Construção popular, Invariantes tipológicas

**Abstract** | Resumen | **Resumo**

In the heart of the Sierra de Ayllón, near Pico Ocejón, invaluable testimonies have been conserved for an understanding both of ancestral forms of settlement and of the materials, techniques, and systems characteristic of vernacular building in Spain's Sistema Central mountains. This "black architecture" of Guadalajara province – specifically studied first by Carlos Flores and Luis Martínez Feduchi in the 1960s, following on from prior studies by Leopoldo Torres Balbás in the 1920s and '30s – constitutes one of the most unusual examples of ethnographic built heritage in Iberia. Its typological and structural invariants are a product of its total adaptation to the environment of which it is part and helps to characterize. Among the best conserved exemplars of this heritage we may highlight La Vereda, a hamlet that seems to have withstood the passage of time almost intact and which offers us a clear picture of this invaluable traditional landscape.

En el corazón del Macizo de Ayllón, en el entorno del pico Ocejón, se han conservado testimonios de gran valor para la comprensión tanto de las formas ancestrales del poblamiento como de los materiales, las técnicas y los sistemas característicos de la construcción popular en las áreas serranas del Sistema Central. Esta "arquitectura negra de Guadalajara" – estudiada específicamente por vez primera en los trabajos de Carlos Flores y de Luis Martínez Feduchi en los años setenta del siglo XX, y que daba continuidad a la labor emprendida por Leopoldo Torres Balbás durante los años veinte y treinta – constituye uno de los conjuntos más singulares del patrimonio edificado de carácter etnográfico de la Península Ibérica. Sus invariantes tipológicas y constructivas son resultado de su plena adaptación al entorno del cual forman parte y que contribuyen a

caracterizar. Entre las muestras mejor conservadas de este conjunto puede destacarse La Vereda, un pequeño núcleo que parece resistir –casi intacto– al paso del tiempo y que nos ofrece una imagen nítida de ese valioso paisaje de la tradición.

No coração do Maciço de Ayllón, nos arredores do pico de Ocejón, conservaram-se valiosos testemunhos para compreender tanto as formas ancestrais de povoamento como os materiais, técnicas e sistemas característicos da construção popular nas zonas montanhosas do Sistema Central. Esta “arquitetura negra de Guadalajara” – estudada especificamente pela primeira vez nos trabalhos de Carlos Flores e Luis Martínez Feduchi na década de 1970, e que deu continuidade aos trabalhos realizados por Leopoldo Torres Balbás nas décadas de 1920 e 1930 – constitui um dos conjuntos mais singulares do património etnográfico edificado da Península Ibérica. As suas invariantes tipológicas e construtivas são o resultado da sua plena adaptação ao meio em que se inserem e que ajudam a caracterizá-la. Entre os exemplos mais bem conservados deste conjunto, destaca-se La Vereda, um pequeno núcleo que parece resistir – quase intacto – à passagem do tempo e que nos oferece uma imagem clara desta valiosa paisagem tradicional.

*Sin embargo, al contemplar las tinieblas ocultas tras la viga superior, en torno a un jarrón de flores, bajo un anaquel, y aún sabiendo que son solo sombras insignificantes, experimentamos el sentimiento de que el aire en esos lugares encierra una espesura de silencio, que en esa oscuridad reina una serenidad eternamente inalcanzable (Tanizaki 2000: 49)*

En el extremo oriental del Sistema Central, en el corazón del Macizo de Ayllón, se encuentra situado el pico Ocejón, el punto más alto de la provincia de Guadalajara con sus 2048 metros y la referencia geográfica indiscutible para una docena de localidades serranas que conservan uno de los conjuntos de mayor interés de la arquitectura popular de la Península Ibérica: la llamada “arquitectura negra de Guadalajara”.

Como es sabido, las comarcas pueden definirse como áreas de características histórico-culturales, administrativas o naturales comunes. En el caso que nos ocupa, se encuentra determinada por una serie de elementos destacados de naturaleza fisiográfica, como el Ocejón y los valles altos del Jarama y del Sorbe; y también litológica, pues se trata de un área muy característica de afloramiento de pizarras. Constituye además un ámbito de carácter propiamente histórico, organizado en núcleos de población de origen medieval que formaron parte de las denominadas Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura Castellana, especialmente de la “Tierra de Ayllón”, de la “Tierra de Sepúlveda” y, en menor medida, de la “Tierra de Atienza”.

La Comunidad de Villa y Tierra de Sepúlveda se formó en la segunda mitad del siglo XI sobre 1334 km<sup>2</sup> de superficie, con la villa, noventa y seis aldeas y ochenta y cuatro despoblados organizados en siete ochavos, cinco en el territorio de la actual provincia de Segovia y dos allende la Sierra, sobre las actuales provincias de Madrid y Guadalajara (Martínez Díez 1983: 325-349). La Comunidad de Villa y Tierra de Ayllón se formó en el primer tercio del siglo XII, organizándose sus 823 km<sup>2</sup> en siete sexmos, sobre los que se repartían la propia villa de Ayllón, sus cuarenta aldeas y diecisiete despoblados. El sexmo de Allensierra (o allende la sierra, que significa más allá de la sierra) se extendía al sur de la Cordillera Central hasta Tamajón, límite del entonces Reino de Toledo (Martínez Díez 1983: 311-323). Finalmente, la Comunidad de Villa y Tierra de Atienza, una de las más extensas con sus 2552 km<sup>2</sup>, contaba con 131 aldeas y 98 despoblados. Se creó a mediados del siglo XII, probablemente en 1149, y limitaba al este con la parte de la Tierra de Ayllón que ahora nos interesa (Martínez Díez 1983: 259-284).

En este amplio sector meridional de las Comunidades de Sepúlveda y de Ayllón y en el límite occidental de la Comunidad de Atienza, sobre un territorio integrado actualmente en las provincias de Madrid y de Guadalajara, se encuentran las localidades del área del Ocejón sobre las que se ha desarrollado este trabajo<sup>1</sup>. En su límite occidental –que formaba parte de la Tierra de Sepúlveda, la cual se adentraba profundamente en el valle del Jarama– se encuentran las localidades de Peñalba de la Sierra, Cabida, El Cardoso, Corralejo, Colmenar de la Sierra, La Vereda,



Figura 1: La Vereda, vista panorámica del área norte del núcleo urbano. En primer término se observan los afloramientos de roca sobre los que se levantan las edificaciones

La Vihuela y El Vado. Más cercanas al pico Ocejón, en su vertiente occidental, están situadas las localidades de la antigua Tierra de Ayllón: Campillejo, Campillo de las Ranas, El Espinar, Majaelrayo, Roblelacasa y Robleluengo, además de Almiruete (emplazado al sureste), uno de cuyos barrios formaba parte de la Tierra de Atienza, a la que pertenecían las localidades de Valverde de los Arroyos, Zarzuela de Galve, La Huerce, Umbralejo y Palancares, todas ellas situadas ya en la vertiente oriental del Ocejón.

Las primeras referencias de que disponemos para el estudio de la arquitectura tradicional en el Sistema Central son de Leopoldo Torres Balbás (1888-1960). En su valioso trabajo sobre la vivienda popular en España (Torres Balbás 1932), el eminente arquitecto llevó a cabo un riguroso análisis geográfico que constituye el punto de partida en su aproximación al hecho construido. Se apoyará para ello en los trabajos del naturalista madrileño Juan Dantín Cereceda (1881-1943), uno de los geógrafos españoles más importantes de su generación, formado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid y quien disfrutó posteriormente de un pensionado de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que le permitió visitar las universidades de París y Lyon, donde tuvo oportunidad de conocer a Paul Vidal de la Blache (1845-1918) y a Emmanuel de Martonne (1873-1955). En el momento en el que Torres Balbás se encuentra trabajando

sobre el tema de la vivienda popular en España, Dantín Cereceda publica dos obras fundamentales: el *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica* (1912), que proporcionaba una valiosa visión sintética de los rasgos geográficos y geológicos constitutivos de la Península ibérica; y el *Ensayo acerca de las regiones naturales de España* (1922), en el que culmina el estudio del carácter de la región natural, delimitando y presentando las principales unidades de ese tipo –tanto las grandes regiones naturales, como las menos extensas, las llamadas “comarcas naturales”, contenidas en las primeras– que cabe distinguir en la Península Ibérica. Como ha recordado el geógrafo Nicolás Ortega Cantero, el propio Dantín Cereceda anunció en las páginas iniciales del *Ensayo* su intención de elaborar “una obra de mayor empeño, en la que cada región natural –de su geología a la etnografía– motive una monografía de estricto rigor científico con las necesarias y peculiares ilustraciones”. Si bien no llegó a realizar esa obra, sí publicó con posterioridad a 1922 distintos trabajos de índole regional dedicados a la caracterización e importancia de las regiones naturales y al estudio de determinadas regiones españolas<sup>2</sup>.

De acuerdo a la propuesta descriptiva de Dantín Cereceda, para Torres Balbás (1932: 373-374):

*En la región Carpetana, que nosotros incluimos en Castilla, constituida esencialmente por las Sierras*

Centrales, límites de aquella al mediodía, formada por terrenos arcaicos, primarios y extensas erupciones graníticas, las principales regiones naturales son: Comunidad de Ayllón, en pizarras silúricas, con pueblos pequeños, de muy escaso vecindario; Comunidad y Tierra de Segovia, dividida en diez sexmos, constituida principalmente para el disfrute y aprovechamiento en común de pastos, leñas secas, carbones, maderas, aguas, etc.; Valle del Lozoya; Guadarrama; Comunidad y Tierra de Ávila, compuesta de siete sexmos, en la que abundan las navas, ligeramente cóncavas, entre las lomas redondeadas a que da lugar el granito, cruzado y acribillado por filones de cuarzo y rocas verdes; Valle de Amblés; Valdecorneja, o Valle de Corneja; Barco de Ávila, valle alto, de economía silvo-pastoral; La Vera, solana de la región, al abrigo del alto murallón montañoso, con clima subtrópico continental y elementos mediterráneos y centroeuropeos mezclados en la flora y cultivos; Valle de Plasencia, en terreno granítico; Las Villuercas, región serrana, de arroyos hondamente encajados; Las Batuecas, territorio montañoso en el sur de la provincia de Salamanca; Granadilla, al norte de la provincia de Cáceres, constituida por los altos valles torrenciales de los ríos Ambroz y afluentes del Alagón

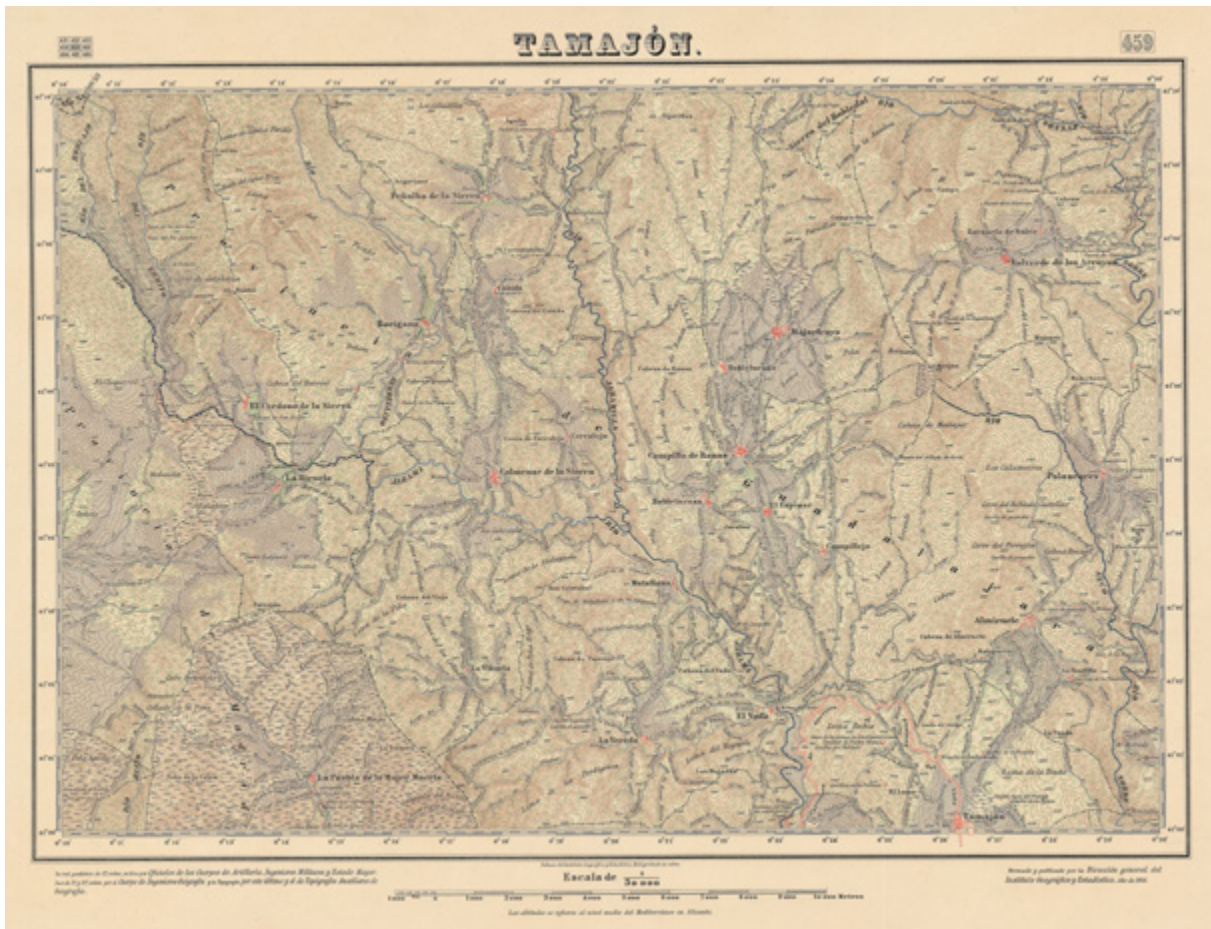
medio, en las Sierras de Béjar y de Gata, pertenecientes al sistema central divisorio”

Quedan así definidas las principales comarcas que, de nordeste a suroeste, vertebran nuestra Cordillera Central. Añadía Torres Balbás como (1932: 374):

Lindando con el ibérico, al nordeste de Castilla, cítanse otras dos regiones naturales en la comarca soriana: Las Tierras de Ágreda y Almazán. Para nuestro estudio no comprendemos, pues, bajo el concepto de región castellana tan sólo el núcleo central de la meseta, sino también sus bordes; (...) en esas regiones de transición, menos secas y más accidentadas, se conserva un tipo de casa con estructura de madera, difundido antaño por gran parte de ella y hoy casi totalmente desaparecido de la región central.

En este trabajo, el primero de verdadero alcance científico sobre la arquitectura popular española, se detendrá especialmente Torres Balbás en el estudio de la que denomina la “casa rural del Guadarrama”, de la que ofrece información y valoraciones de gran interés. Sin embargo, por desgracia, el maestro dejaría sin tratar de manera específica

Figura 2: Mapa Topográfico Nacional a escala 1:50.000 (1916), hoja 459 (Instituto Geográfico Nacional)



la arquitectura del Macizo de Ayllón. Habrá que esperar cuatro décadas, hasta el comienzo de los años setenta, para que Carlos Flores López (nacido en 1928), en su extenso trabajo sobre la *Arquitectura Popular Española* (1973-1974), haga suyo el análisis de base geográfica propuesto por Torres Balbás y se adentre en el estudio de la vertiente occidental del Ocejón –un territorio que describe como “una comarca escondida y al margen de cualquiera de las rutas, importantes o no, de tránsito”, además de mencionar específicamente cuatro de sus núcleos: Campillejo, El Espinar, Campillo de las Ranas y Majaelrayo– y explique que (Flores López 1974: 174):

*Los tipos de viviendas y otras construcciones populares vienen, como es usual, condicionados por las duras constantes climáticas de la zona –situada por encima de los 1.500 metros de altura– y así mismo por el tipo de material de construcción que en ella se encuentra: una piedra de carácter pizarroso y oscura coloración que proporciona el material necesario tanto para la construcción de muros y vallados como para la confección de cubiertas. Ninguno de los pueblos que preceden a esta comarca, a la que debe accederse por Cogolludo y Tamajón, hacen sospechar el profundo*

*cambio que va a encontrarse en los citados, e incluso las construcciones de una comarca inmediata y de características climáticas semejantes a ella, como es la de Montejo de la Sierra-La Hiruela, difieren notablemente de ellas.*

En su definición e interpretación de la arquitectura tradicional de esta parte del Sistema Central, Carlos Flores –en las que profundiza como ya hemos dicho en el trabajo emprendido por Torres Balbás– establece cómo, a pesar de las variedades tipológicas, la construcción popular en estas comarcas orientales del Guadarrama responde en términos generales a dos grupos principales: las llamadas “casas serranas” y las que denominaremos “casas de entramado”. Las primeras tienen la piedra como material fundamental, a veces exclusivo, mientras las segundas agrupan a las construcciones en las que el entramado de madera juega un papel fundamental en la estructura del edificio (Flores López 1974: 163 y sucesivas). Estos dos tipos aparecen frecuentemente entremezclados, si bien las casas serranas son características de los núcleos de población más pequeños y las de entramado predominan en aquellas localidades que tuvieron una mayor importancia histórica y, por ello, un desarrollo urbano más acusado.

Figura 3: Un horno adosado a una vivienda en Campillo de las Ranas



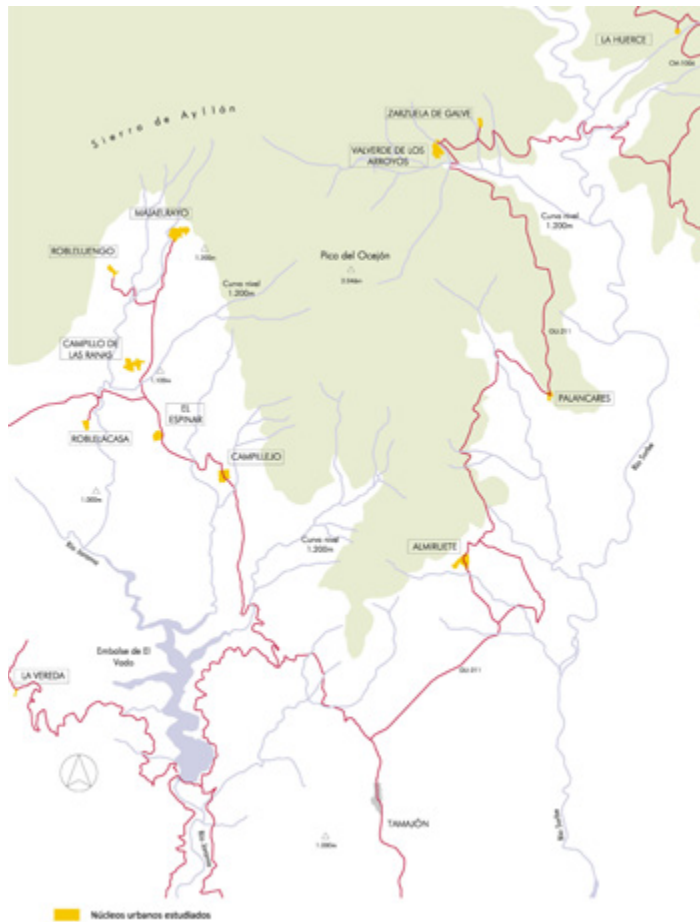


Figura 4: Mapa con los doce núcleos urbanos analizados en el presente trabajo y situados en torno a la cota 1200 de altitud, sobre los valles del Jarama y del Sorbe

Las casas serranas suelen presentar una o dos plantas y están construidas a base de muros de mampostería de piedra (lajas de pizarra y cuarcita en cantos principalmente) que puede quedar vista o revestida (encalada, enfoscada o revocada). En palabras de Carlos Flores, se trata de construcciones herméticas, bien adaptadas a las duras condiciones climáticas de este territorio. Se encuentran mimetizadas con el terreno y suelen presentar proporciones bajas, de escasa altura y mayor extensión en superficie, con una morfología que incluye la propia vivienda y las edificaciones auxiliares que la acompañan (cuadras, establos, pajares, cobertizos, cortes o cochiqueras, etc.). Flores se refiere a este tipo de construcciones de los pueblos serranos con el nombre de “células tipo”, que agrupan la casa y sus dependencias auxiliares, y que constituyen volúmenes exentos – independientes de los demás–, o pequeñas agrupaciones, lo que ha contribuido a caracterizar estos núcleos de población.

Las cubiertas presentan amplios faldones y se organizan normalmente a dos vertientes, aunque es frecuente el achaflanado del piñón principal, con lo que el número de

planos de cubierta pasa a ser tres (dos faldones grandes y uno pequeño). Las estructuras leñosas que soportan estas techumbres están resueltas de forma muy sencilla, mediante estructuras de “par y picadero” o, más raramente, “a la molinera”, siempre con tablero de ripia o chilla (muchas veces obtenido de los propios trabajos de descortezado de la madera empleada para la techumbre) sobre el que se dispone una cubierta de teja curva de barro o de lajas de pizarra, especialmente característica en muchos lugares de esta área concreta de la Sierra de Ayllón.

Se trata de un territorio que se vertebra sobre las dos vertientes (oriental y occidental) del pico Ocejón (2049 m) y que se extiende por los términos de la provincia de Guadalajara comprendidos, principalmente, entre el valle del río Jarama, elemento divisorio con la provincia de Madrid, al oeste, y el del río Sorbe, al este; y entre el valle del río Sonsaz, al norte, y el arroyo Vallosera, el embalse del Vado y el Canal del Sorbe, al sur.

El área en la cual se observa el uso sistemático de la pizarra es la que corresponde a la vertiente occidental del pico Ocejón, en la cual se sitúan, de norte a sur, las localidades de Majaerayo, Robleluengo, Campillo de las Ranas, Roblelacasa, El Espinar y Campillejo, además de Corralejo, La Vihuela, La Vereda y Matallana, pequeños enclaves situados en la margen oeste del río Jarama.

En todos los núcleos del primer grupo, es decir, en aquellos que se sitúan entre el valle del Jarama y el pico Ocejón, la pizarra se emplea en la arquitectura de forma absolutamente predominante, tanto en los muros como en las cubiertas, lo que produce una forma de edificación de gran homogeneidad que, en palabras de Carlos Flores, constituye “una tipología completamente distinta que no ofrece semejanza alguna con cualquiera otra de las existentes en Castilla” (Flores López 1974: 172) que alcanza a otros núcleos de la Tierra de Ayllón situados al noroeste e integrados en la provincia de Segovia, como Becerril, El Muyo o El Negredo, del municipio de Riaza.

Otros núcleos situados en las proximidades de esta zona –como es el caso de Bocigano, Cabida, Colmenar de la Sierra, El Cardoso o Peñalba de la Sierra, en el límite noroccidental de la provincia de Guadalajara, o los de La Hiruela y la Puebla de la Sierra, que se disponen sobre la margen derecha del Jarama, ya en la provincia de Madrid– comparten con los pueblos de la vertiente occidental del Ocejón algunos rasgos de su arquitectura, sobre todo el uso de la pizarra en muros, pero emplean la teja curva de barro para resolver las cubiertas, lo que produce un paisaje construido bastante distinto.

Por lo que respecta a la vertiente oriental del Ocejón –de la que forman parte Valverde de los Arroyos y Zarzuela de Galve, así como las localidades de La Huerce, Umbralero y Valdepinillos, ubicadas sobre la margen oriental del río Sorbe, en el extremo nororiental de esta comarca; y las de

Palancares y Almiruete, situadas algo más al sur- se emplea igualmente la pizarra para las cubiertas, pero se acompaña muy frecuentemente de mampostería de cuarcita en los muros, en el desarrollo de una serie de tipos arquitectónicos que enlazan además de manera más clara con las construcciones entramadas de buena parte del Sistema Central, un área general de estudio que ha interesado de manera muy señalada a distintos especialistas, entre los cuales se cuenta el propio Torres Balbás.

### Invariantes tipológicas y constructivas de la “arquitectura negra de Guadalajara”

La tipología edificatoria de la región se puede reducir a unos pocos tipos básicos: tres clases de viviendas (las que carecen de cuadra y corral, aquellas que emplean la planta baja para esa función y las que tienen la cuadra y el corral adosados), además de las edificaciones auxiliares (almacenes, establos, gallineros, cortes, etc.). Aquí encontramos una de las

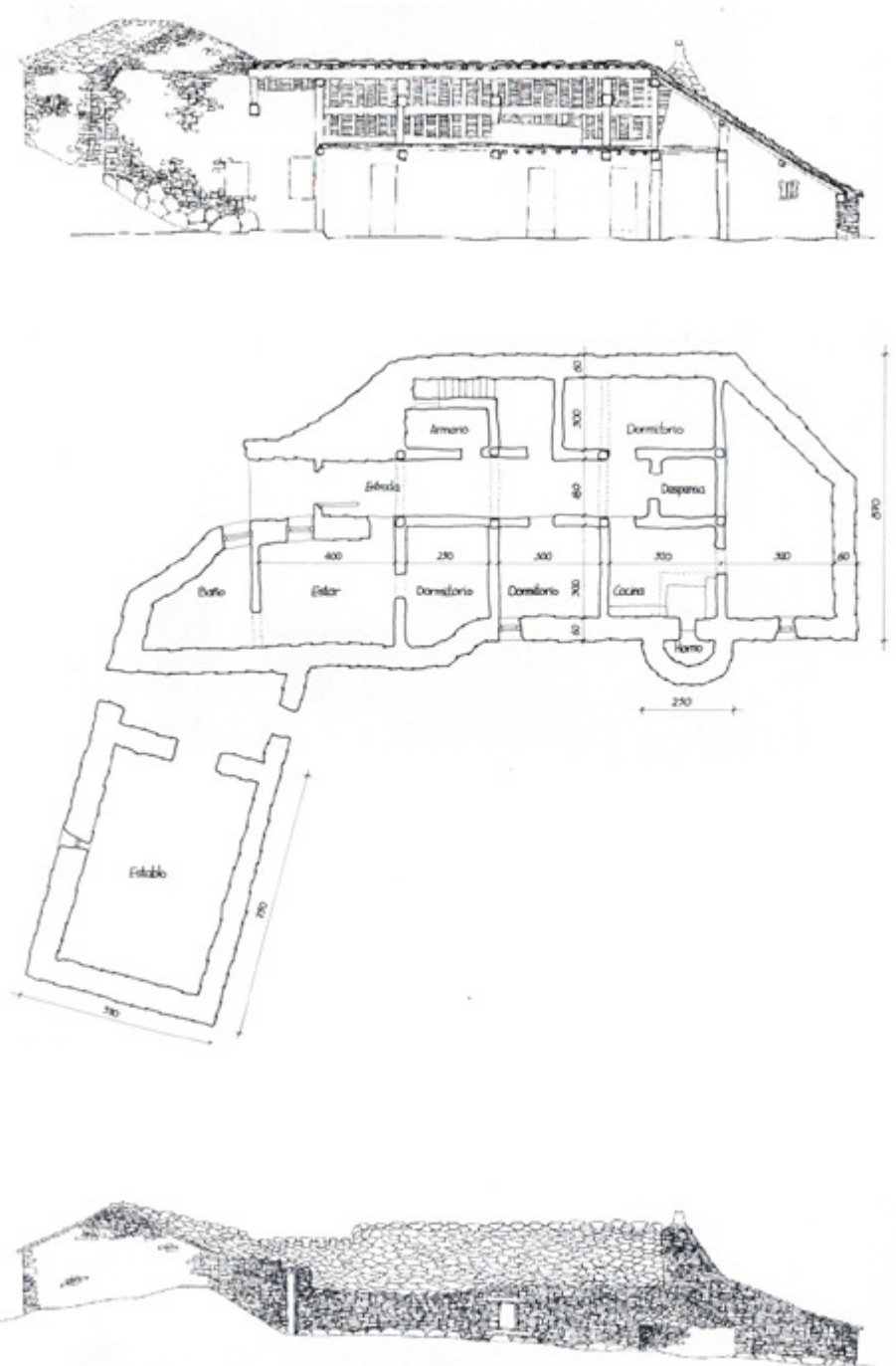


Figura 5: Sección, planta y alzado de una vivienda en El Espinar, vertiente occidental del Ocejón. Dibujos de Luis Maldonado Ramos (Fondo documental CIAT)

diferencias más claras entre los grupos antes mencionados: mientras que en la zona occidental predominan las edificaciones de una planta, en la que se dispone la propia vivienda, la cuadra y el corral, en la vertiente oriental las moradas suelen ser de dos plantas, con un pequeño corral posterior, situándose en la planta baja la cuadra y el almacén de los aperos de labranza y reservándose la planta superior para la vivienda propiamente dicha. En los dos casos observaremos una cámara bajo cubierta, el “sobrado”, que se utiliza como granero y almacén.

También existen ligeras diferencias en cómo se emplean los materiales de construcción. Aunque en las dos vertientes

se utilizan la piedra, la madera y el barro, en la oriental los muros se ejecutan con mampostería de cuarcita mezclada con pizarra, material éste que se reserva especialmente para las cubiertas. Los muros, de gran espesor, están realizados con lajas horizontales y se refuerzan las esquinas con piezas de mayor tamaño (siempre con predominio de la dimensión horizontal) a modo de “llaves” (Feduchi 1974: 288-289). La madera utilizada es principalmente de roble, encina y olmo. Los acabados exteriores también varían, consecuencia lógica del cambio de material, resultando los muros de una tonalidad dorada, más clara, propia de la cuarcita, lo que pudiera hacer pensar que se desvirtúa el carácter homogéneo de la “arquitectura

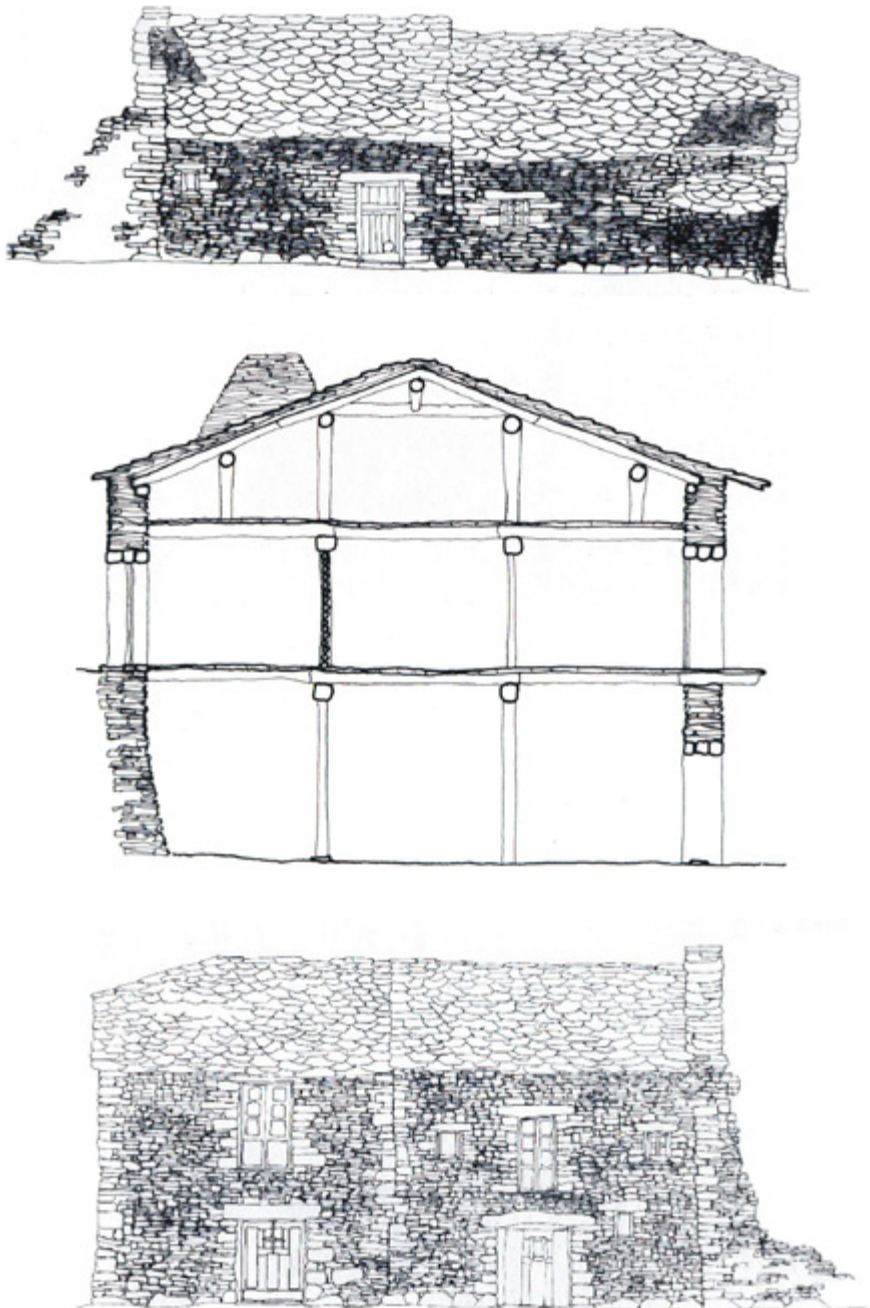


Figura 6: Sección y alzados anterior y posterior de dos viviendas en La Huerce, vertiente oriental del Ocejón. Dibujos de Luis Maldonado Ramos (Fondo documental CIAT)





Figura 7: Una casa apoyada directamente sobre la roca en La Vereda

negra” de la vertiente occidental, donde se mantiene el uso casi exclusivo de la pizarra, en ocasiones combinada con cuarcita formando a veces composiciones de gran interés (franjas, cruces, etc.).

Los elementos constructivos son, en líneas generales, muy semejantes en los dos grupos. Aunque los materiales varían ligeramente, el sistema constructivo es prácticamente el mismo, con apenas algunas variaciones en determinados elementos estructurales, sobre todo en las casas de mayor envergadura.

La cimentación, que se realiza tras unos pequeños trabajos previos de desbroce y nivelación, se ejecuta directamente sobre el terreno. En la vertiente occidental del Ocejón es frecuente ver cómo las construcciones se disponen sobre los afloramientos naturales de la roca. En la zona oriental el terreno presenta las mismas características en cuanto a resistencia e indeformabilidad, por lo que no cabe esperar problemas de estabilidad a pesar de que la carga transmitida sea mayor por el aumento en altura de la edificación.

La estructura también presenta soluciones idénticas, tanto en los elementos portantes de los forjados y de los muros, como en las cubiertas. Se emplea un sistema de vigas y pilares de madera que en la zona exterior se empotran en el muro, evitando así la transmisión de cargas a través de estas mamposterías. Esto permite resolver perfectamente los forjados de la planta primera con la simple disposición de unos mecanismos de apoyo de las vigas mediante carreras, durmientes o zapatas.

Los huecos y las carpinterías exteriores son los elementos constructivos que presentan una variación más significativa entre las dos zonas, pues en la vertiente oriental los huecos de ventanas y puertas aumentan de tamaño de forma considerable, dado que se trata de un medio menos agresivo, con temperaturas ligeramente más altas y un clima algo más benigno. Estos huecos, que se disponen de forma aleatoria en la fachada pero con una perfecta orientación al mediodía, requieren de una labor algo más compleja para la realización de sus carpinterías, que presentan distintas soluciones en función de su tamaño. En cualquiera caso,

se mantiene en toda la comarca una misma forma –tosca y sobria– de trabajar la madera, que contribuye igualmente a caracterizar esta “arquitectura negra”.

Los acabados interiores son similares, y en ellos se emplean también los tres materiales básicos de construcción: madera, piedra y barro. En las casas de dos plantas, la planta baja presenta el solado de lajas de pizarra únicamente en el zaguán, por tratarse del lugar por el que pasan los animales a la cuadra y los moradores a la vivienda. En el resto de las dependencias de planta baja el suelo se realiza con tierra apisonada y embarrados, especialmente en los casos en que estas dependencias se usan como almacén o como corral. En la planta primera, que es la correspondiente a la vivienda, los solados suelen ser de dos tipos: el primero se realiza con tarima de tabla clavada sobre los rollizos de madera que sirven de viguetas, una solución que permite la transmisión de calor desde las cuadras hasta los dormitorios; el segundo tipo de solado consiste en una terminación de mortero de barro y paja seca que cumple una función contraria a la anterior, pues se emplea como aislante para mantener el calor producido en la cocina.

Los paramentos verticales se terminan con mortero de barro, tendido en capas sucesivas, aunque en las construcciones de dos plantas se suele dotar de revestimiento únicamente a las estancias de la planta superior y a la zona de la entrada de la inferior, quedando el resto en mampostería vista. Es

muy frecuente que en las paredes de las viviendas se aplique adicionalmente sobre el tendido de barro un encalado, que aumenta la luminosidad de las habitaciones y evita la degradación del propio revestimiento.

En las plantas bajo cubierta el suelo es de tarima, con el fin de que el calor producido en la planta inferior llegue fácilmente a la superior y se pueda producir el correcto secado del grano que se almacena en el sobrado. Las paredes se mantienen aquí con la mampostería vista, por lo que se genera polvo procedente de la erosión del mortero de barro empleado en el asentamiento de los mampuestos que confiere en ocasiones un cierto aspecto de abandono al desván.

### **La Vereda: un testimonio excepcional del paisaje y de la arquitectura de la tradición en el Macizo de Ayllón**

En el extremo suroccidental de esta constelación de localidades serranas, junto al embalse de El Vado y con un único acceso principal a través de un camino forestal de diez kilómetros de longitud desde la carretera asfaltada, se encuentra situado a media ladera el pequeño núcleo urbano de La Vereda.

Se trata de una minúscula localidad que mantiene intactos los invariantes característicos de la “arquitectura negra” y que podemos considerar un ejemplo paradigmático con

Figura 8: Grupo de viviendas escalonadas del área sur de La Vereda. El humo de las chimeneas proporciona el aroma a leña característico del lugar



relación a este conjunto general del cual forma parte. El extraordinario grado de conservación de estos invariantes ha hecho de este lugar uno de los hitos más singulares del patrimonio arquitectónico de carácter etnográfico de la provincia de Guadalajara.

Sobre el terreno de toda esta comarca que ronda el Ocejón podemos encontrar, repartidos sobre su superficie, innumerables masas de rocas negras y doradas. Manchas de pizarra y cuarcita, respectivamente, que unas veces aparecen desordenadas a modo de manantiales pétreos que parecieran brotar del subsuelo, y otras de manera ordenada, formando las agrupaciones de viviendas y edificios de carácter agropecuario y dando cuerpo a las cercas, los bancales y las construcciones singulares (fuentes, lavaderos, hornos, etc.) que se agrupan en torno a estos doce núcleos de población, todos ellos emplazados aproximadamente en torno a los 1200 m de altura sobre el nivel del mar, una cota característica de los pueblos de alta montaña españoles, lo que redundará en una climatología rigurosa y extrema que contribuye a singularizar esta clase de lugares a lo largo de todo el año.

Aquí la pizarra, como la misma sombra del texto de Tanizaki que precede nuestro texto, podría haber quedado relegada a un papel secundario, como la roca con la que la naturaleza ha tapizado el paisaje de este lugar. En cambio, contemplada como la estructura sobre la cual se vertebra

la totalidad del sistema social, económico y arquitectónico, se constituye en el elemento verdaderamente esencial para la construcción del paisaje cultural en esta comarca del Ocejón. Es una materia (roca/pizarra) excepcionalmente valiosa que, con la hábil aplicación del saber popular, se ha convertido en un extraordinario material de construcción (piedra/laja) y ha permitido dar sustento y cobijo a generaciones de pobladores durante siglos. Es, por tanto, el elemento que ha hecho posible, en definitiva, habitar un lugar que, sin este recurso, resultaría por completo inhóspito y carente de vida, y el componente esencial que ha caracterizado y da nombre, a través de su apariencia, a un paisaje rural irrepetible que hemos llamado "arquitectura negra de Guadalajara".

De esta relación paisaje-piedra ha resultado la configuración de un lugar en el que reinan la armonía y el silencio. Es el de La Vereda un silencio fruto del largo aislamiento, que sólo permanece intacto en algunas poblaciones, y muy especialmente aquí, donde no encontraremos una carretera asfaltada de acceso ni calles pavimentadas en su humilde núcleo urbano. Se trata de un lugar que parece encontrarse detenido en el tiempo, bajo el humo zigzagueante que sale de sus características chimeneas tronco-piramidales, de las que emana ese olor casi permanente a la leña quemándose en los hogares, que inunda el ambiente y estimula nuestros sentidos.

Figura 9: La Vereda. Detalle de cubierta, con su remate característico en forma de tijera y una chimenea de morfología tronco-piramidal



Todo lo aquí construido hasta hace muy pocas décadas se hacía exclusivamente, como hemos dicho, con piedra, madera y barro. Estos tres materiales se manipulaban muy levemente mediante el uso de técnicas que no han variado prácticamente nada a lo largo de los siglos, incluso desde tiempos prerromanos, según algunos (Maldonado Ramos 2005). Una tecnología que se ha mantenido, habida cuenta que las herramientas y materiales de construcción a emplear también lo han hecho, y que produce una arquitectura que los antropólogos identifican con las llamadas “sociedades inconscientes”, aquellas cuyas fuentes de información se transmiten directamente, de generación en generación, y en las que la construcción se adecúa perfectamente al emplazamiento, potenciándolo (López de la Osa y Torán 1976: 2).

De esta capacidad de entendimiento profundo del material resultan estas cubiertas y muros, negros las primeras y en ocasiones dorados los segundos, tan característicos, donde la continuidad del material se mantiene a modo de danza, desde los cimientos de la casa, apoyada sobre la sólida roca, hasta su remate superior, con delgadas piedras planas de pizarra dispuestas en la característica forma de tijera. La madera se presenta como un elemento de transición entre vano y macizo, con el que se construyen los dinteles, cercos, contraventanas y hojas interiores de los huecos de las ventanas y las puertas, así como la estructura, que se mantiene oculta en el interior, protegida del agua y del sol. Esa estructura sostiene y hace posibles estas construcciones, solo masivas en apariencia, que se apoyan con sutileza y firmeza en la roca que aflora del suelo, sin modificar apenas su superficie. En el caso de los edificios residenciales esta estructura arriostra también los muros de la fachada, a

modo de entramado, además de organizar su interior. Sólo en las construcciones de carácter agropecuario se limita su uso al interior, por economía de medios.

Los huecos de ventana, de pequeñas dimensiones y generalmente cuadrados, se adaptan a esa climatología extrema que pasa del frío al calor, y viceversa, sin solución de continuidad. Por esta razón, no extraña que los huecos de las casas, a diferencia de los corrales, se orienten al sur con la misma decisión con que la aguja de la brújula lo hace en dirección norte.

Las fuertes nevadas, antaño más frecuentes, así como la falta de acondicionamiento de las vías de acceso, producían un duro aislamiento que podía prolongarse durante semanas o meses. Se trata de un aislamiento que ha condicionado a partes iguales tanto la génesis de este caso concreto de la arquitectura popular española como su propia subsistencia durante las últimas décadas, tras el fuerte éxodo de sus habitantes durante la segunda mitad del siglo XX: un 40% sólo en la década de 1960.

Los rigores del clima explican la tendencia a la agrupación frente a la dispersión. Rara vez encontraremos una vivienda fuera de los núcleos urbanos. Las casas se disponen agrupadas, a modo de rebaño que se cierra sobre sí mismo en busca de protección y calor. Los hornos juegan un papel esencial en la vida cotidiana, para calentar las casas y para cocer el pan y otros alimentos. Adosados a los muros y ubicados junto a la cocina, verdadera estancia de uso principal de la vivienda, muchos de estos hornos aún subsisten, contrastando sus singulares volúmenes semicilíndricos con los paralelepípedos de las casas.



Figura 10: Un hueco típico en La Vereda

Figura 11: Una casa, con horno anejo, en La Vereda

Figura 12: La Vereda vista desde la zona norte de acceso, con la loma del Royuelo al fondo y el arroyo Vallosera en el barranco que las separa



11



12

Fuera del casco urbano se retuercen como gigantes los árboles de roble de mediano y gran porte que allí moraban antes de la llegada del pino de repoblación en los años sesenta del pasado siglo XX. Las huellas curvas y quebradas de sus ramas y troncos se aprecian en las vigas, pilares y dinteles que soportan ese escenario pétreo de los pueblos. Se trata de una madera utilizada en rollo, levemente desbastada con escuadrías realizadas mediante el empleo de la azuela. Y es precisamente la madera –con la versatilidad que ofrece para ser cortada en las piezas de tamaño mediano que conforman las vigas y los pies derechos– la que posibilita ese contorno paralelepípedo de las casas. Sin ella, la forma de éstas quedaría tal vez condicionada a construcciones de planta circular u ovalada, necesariamente abovedadas, similares a los chozos y bombos que se extienden por otras partes de la Meseta y que hacen de la necesidad virtud para esquivar así el condicionante impuesto por la ausencia de madera estructural.

Desde la distancia, entre los claros del bosque de roble, se alzan los diferentes núcleos al abrigo de la Sierra de Ayllón. Sus laderas les protegen de las embestidas del viento del norte durante el largo invierno. A pesar del paso del tiempo –ajena a los grandes cambios de una nueva España nacida con la progresiva integración en el proyecto político europeo– La Vereda resiste intacta, recordándonos cómo era la vida de estos pueblos serranos antes de la llegada del turismo y de la popularización de la zona en las últimas décadas. El singular aislamiento en el que se mantiene le ha conferido una protección similar a la que proporciona el formol a los restos biológicos, lo que explica el inmenso valor que ha conservado este lugar de apariencia negra y dorada al pie del Ocejón.

<sup>1</sup> Este artículo recoge una parte de los trabajos que está desarrollando un equipo de especialistas del Centro de Investigación de Arquitectura Tradicional (CIAT) de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid desde finales del año 2021 por encargo de la Delegación de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha en Guadalajara. Estos trabajos se han formalizado a través de un contrato de investigación suscrito entre la Fundación General de la Universidad Politécnica de Madrid y la Fundación Impulsa Castilla-La Mancha (Ref. FGUPM 43824812114).

<sup>2</sup> Véase el Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia: <https://dbe.rah.es/biografias/5730/juan-dantin-cereceda>.

## References | Referencias | Referências

- Feduchi, Luis. 1974. *Itinerarios de Arquitectura Popular Española*. Madrid: Blume.
- Flores, Carlos. 1974. *Arquitectura popular española*. Madrid: Aguilar.
- López de la Osa González, León; y Torán Junquera, Leonor. 1976. *Arquitectura negra en la provincia de Guadalajara*. *Narria*, 1: 2-5. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Maldonado Ramos, Luis. 2005. La razón constructiva de la arquitectura negra de Guadalajara desde el moderno punto de vista de la historia de la cultura material. *Actas del Cuarto Congreso Nacional de la Historia de la Construcción*. Cádiz 27-29 de enero de 2005, vol. 2, 699-706. Madrid: Instituto Juan de Herrera / Sociedad Española de Historia de la Construcción (SEHC).
- Maldonado Ramos, Luis; y Vela Cossío, Fernando. 2014. La arquitectura negra en la comarca del Ocejón (Guadalajara). *Patrimonio Cultural de España*, 8: 167-179. Madrid: Instituto del Patrimonio Cultural de España.
- Martínez Díez, Gonzalo. 1983. *Las Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura Castellana*. Madrid: Editora Nacional.
- Tanizaki, Junichiro. 2000. *El elogio de la sombra*. Madrid: Siruela.
- Torres Balbás, Leopoldo. 1932. La vivienda popular en España. En Carreras y Candi, Francesch (ed.), *Folklore y costumbres de España*, vol. 3, 137-502. Barcelona: Alberto Martín.

## Biographies | Biografías | Biografias

### Miguel Ángel Rupérez Escribano

Miguel Ángel es Doctor Arquitecto, máster en Conservación y Restauración del Patrimonio Arquitectónico y especialista en valoración de suelos y edificación por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid. Es colegiado del COAM en libre ejercicio de la profesión, además de redactor y director de proyectos y obras de rehabilitación en edificios patrimoniales del centro histórico de Madrid. Colabora con la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid en la protección de monumentos como la Plaza Mayor de Madrid o el Jardín El Capricho, entre otros. Forma parte del equipo del Centro de Investigación de Arquitectura Tradicional (CIAT), institución que desarrolla distintos proyectos de investigación de la arquitectura y la construcción tradicional de “piedra seca” en la Sierra Norte de Madrid. Entre ellos pueden destacarse los realizados entre 2020 y 2023 en la Reserva de la Biosfera de la Sierra del Rincón (Madrid).

### Fernando Vela Cossío

Fernando es Arqueólogo y Doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Es Catedrático de Universidad adscrito al Departamento de Composición Arquitectónica de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, donde imparte enseñanza en los campos de la Historia de la Arquitectura y del Urbanismo y de la Arqueología de la Arquitectura. Especialista en Patrimonio Cultural, tiene una larga experiencia en proyectos de conservación e intervención del patrimonio edificado y ha dirigido excavaciones arqueológicas y trabajos de investigación histórica en monumentos y conjuntos históricos, tanto en España como en Iberoamérica. Es director del Centro de Investigación de Arquitectura Tradicional (CIAT) –creado por convenio entre la Universidad Politécnica de Madrid y el Ilmo. Ayuntamiento de Boqueguillas (Segovia)– y académico correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia. Es el director de los proyectos de investigación de la arquitectura y la construcción tradicional de “piedra seca” que el CIAT está desarrollando en el Macizo de Ayllón y en la Sierra del Rincón (Madrid).